

III DOMINGO DE ADVIENTO A

Is 35, 1-6. 10; Sal 145; St 5, 7-10; Mt 11, 2-11

Juan, que en la cárcel había oído hablar de las obras de Cristo, envió a sus discípulos a decirle: "¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?" Jesús les respondió: "Id y contad a Juan lo que oís y veis: los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Nueva; ¡y dichoso aquel que no halle escándalo en mí!" Cuando éstos se marchaban, se puso Jesús a hablar de Juan a la gente: "¿Qué salisteis a ver en el desierto? ¿Una caña agitada por el viento? ¿Qué salisteis a ver, si no? ¿Un hombre elegantemente vestido? ¡No! Los que visten con elegancia están en los palacios de los reyes. Entonces ¿a qué salisteis? ¿A ver un profeta? Sí, os digo, y más que un profeta. Este es de quien está escrito: He aquí que yo envío mi mensajero delante de ti, que preparará por delante tu camino. "En verdad os digo que no ha surgido entre los nacidos de mujer uno mayor que Juan el Bautista; sin embargo, el más pequeño en el Reino de los Cielos es mayor que él.

La semana pasada las lecturas nos llamaban a la conversión como búsqueda y necesidad constante de la vida del creyente, que en la esperanza del tiempo de Adviento confía en que Dios es el único que transformará su vida. Este domingo, Tercero de Adviento, la Iglesia nos presenta la interrogante que fue hecha por los discípulos de Juan Bautista a Cristo: «... ¿Eres tú el que ha de venir?...». Este cuestionamiento nos coloca en el centro de la liturgia del Adviento, porque a través de las lecturas que se van a proclamar, nos invita a entrar en el gozo pleno de la esperanza en Aquel que es el Cordero de Dios, que ha venido para perdonar nuestros pecados y redimirnos.

La figura de Juan Bautista, como la del profeta Isaías, es importante en esta semana; nuestro Papa Francisco nos dice que: «... (Juan) no es siempre fácil de entender. Cuando pensamos en su vida es un profeta, un hombre que ha sido grande y que termina como un pobrecillo. ¿Quién es, por tanto, Juan? Él mismo lo explica: (...), voz, una voz que clama en el desierto, pero es una voz sin Palabra, porque la Palabra no es Él. Es otro. Este es el misterio de Juan: nunca se adueña de la Palabra, Juan es aquel que indica, el que señala. El sentido de la vida de Juan es señalar a otro...» (Francisco, Homilía en Santa Martha, 24 de junio de 2013).

Juan Bautista no quiere ningún protagonismo, por ello manifiesta: «...Es preciso que Él crezca y que yo disminuya...». Juan el Bautista tiene que soportar en la cárcel la oscuridad que Dios le impone, como la oscuridad por la que todos los santos han pasado, él mismo no lo reconoce, y esto ha de ser como parte de su futuro

testimonio de sangre. Él, como la mayor parte de judíos, había esperado a un hombre poderoso, que bautizaría con espíritu y fuego. Y, en contra de toda comprensión humana, el evangelio nos pone frente a un hombre humilde. Sin embargo, Jesús calma su inquietud mostrándole que la profecía se cumple en Él; en milagros concretos que aumentan la fe del que persevera: «...dichoso el que no se sienta defraudado por mí...». Probablemente por causa de esta oscuridad impuesta al testigo, es que Jesús le alaba ante la multitud, aún sin conocer del todo al Mesías anunciado, Juan se ha entendido a sí mismo como lo que realmente es, se ha entendido como el mensajero enviado delante de Jesús, el que le ha preparado el camino. Por ello, Juan Bautista se ha designado a sí mismo como simple voz que grita en el desierto, anunciando el milagro de lo Nuevo que ha de venir. Juan se ha reconocido como el más pequeño en el reino, anunciando que viene Uno que es más grande que él, demostrando así tener la humildad de ceder el sitio y eclipsarse, y esto porque ha sido iluminado por la luz de la nueva gracia.

Al respecto San Máximo dice: «... con razón, Juan Bautista puede decir del Señor nuestro Salvador: "hace falta que él crezca y que yo disminuya" (Jn 3,30). Esta afirmación se realiza en este mismo momento: al nacimiento de Cristo, los días aumentan; al de Juan, disminuyen... Cuando aparece el Salvador, el día, con toda evidencia, aumenta; retrocede en el momento en el que nace el último profeta, porque está escrito: "la Ley y los profetas reinaron hasta Juan" (Lc 16,16). Era inevitable que la observancia de la Ley se ensombrezca, en el momento en el que la gracia del Evangelio empieza a resplandecer; a la profecía del Antiguo Testamento le sucede la gloria del Nuevo...» (San Máximo de Turín, Sermón 99).

A la pregunta que dirige Juan al Señor, se manifiesta claramente la sorpresa y, en cierta forma, el escándalo que causa la presencia y la intervención de Jesús de Nazaret entre nosotros. Jesús es escándalo para sus contemporáneos, aún para Juan Bautista quien cuando vio al Mesías que: llamaba a todos al desprendimiento de las riquezas, e invitaba a su reino interior, y exaltaba a los dóciles, a los pacíficos, a los misericordiosos; se quedó sin saber qué hacer, sin comprender del todo la manifestación de este Salvador, que él mismo anunciaba. El Reino de Dios anunciado por Jesús es una realidad totalmente nueva, por ello que la pregunta de Juan el Bautista sigue vigente en medio de la historia de los creyentes, hasta hoy.

En la respuesta al Bautista, Jesús anuncia el cumplimiento de la profecía de Isaías, y al mismo tiempo anuncia la misión evangelizadora de la Iglesia, misión que consiste en llevar a los hombres no sólo al encuentro, sino también al conocimiento de Cristo. La Iglesia tendrá que realizar el papel del Bautista y llevar a sus oyentes -evangelizados- al encuentro con Cristo porque ella es el instrumento del cual Dios se sirve para manifestarse.

Nuestro Papa Francisco nos dice: «... Juan parece ser nadie. Esta es la vocación de Juan: «ningunearse». Y cuando contemplamos la vida de este hombre, tan grande, tan potente –todos creían que él era el Mesías- cuando contemplamos su vida, como se iba abajando hasta la oscuridad de una cárcel, contemplamos un gran misterio. No sabemos cómo fueron los últimos días de Juan. No lo sabemos. Sabemos, solo, que fue asesinado, su cabeza en una bandeja, como el gran regalo de una bailarina a una adúltera. (...) La Iglesia existe para proclamar, para ser voz de una Palabra, del Esposo, que es la Palabra. Y la Iglesia existe para proclamar esta Palabra hasta el martirio. (...) El secreto de Juan. ¿Por qué Juan era santo y no pecaba? Porque nunca asumió una verdad como propia, no se hizo un ideólogo. El hombre, se negó a sí mismo, para que la Palabra llegase. Y nosotros, como Iglesia, debemos pedir hoy la gracia de no convertirnos en una Iglesia ideologizada...» (Francisco, Homilía en Santa Marta, 24 de junio de 2013).

Estamos llamados en este tiempo a convertirnos y estar vigilantes, y como Juan el Bautista, con la gracia de Dios a ejercer nuestro profético que hemos recibido en el Bautismo; pues el escándalo para nosotros es esperar en esta Verdad y transmitir esta Verdad que reconstruye la vida y abre al hombre a Dios.

¡Maranathá... Ven Señor, Jesús!

Pbro. Oscar Balcázar Balcázar